FRANÇOIS CASSINGENA-TRÉVEDY

LA BELLEZA DE LA LITURGIA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2008

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Emilio Vicente de Paz
sobre el original francés *Jalons pour una esthétique de la liturgie*

© François Cassingena-Trévedy, 2001
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2008
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563
e-mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1672-0
Depósito legal: S. 161-2008
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2008

CONTENIDO

Premisa 9

1. Liturgia y sacramentalidad 13
   La sacramentalidad de la Iglesia 14
   Los sacramentos, acciones de Cristo 16

2. Una cristología del gesto 21
   «Un gesto bello de Cristo…» 26
   El escándalo de la cruz 31
   La belleza de la verdad 37
   «… que coordina nuestros gestos con los suyos» .. 42

3. El orden 45
   Desde los orígenes de la creación 45
   El orden según los Padres 51
   Una poética de la liturgia 58
   El orden en el tiempo 61
   El orden en el espacio 65
   El orden en la humanidad 71
   El orden en cada uno de nosotros 74
   El orden en la Escritura 78
   Naturaleza del orden 81

4. La belleza de Dios 85

5. Donde se cuelan los ángeles 91

PREMISA

¿Qué se entiende cuando se habla de una «liturgia bella»? ¿Se trata de una cuestión de gustos y colores en esta época de pluralismo en la práctica litúrgica, de mezcolanzas, de libertad extrema tanto en la celebración de los ritos como en la aplicación de las rúbricas?

Dependiendo de las sensibilidades eclesiales, de los caracteres personales, de los referentes sociológicos de las comunidades celebrantes, la expresión «liturgia bella» no puede corresponder a una única realidad, y menos aún en su aspecto exterior. Las categorías estéticas subjetivas de los partidarios de una liturgia principalmente horizontal, comunitaria, «participada», difieren notablemente de las de aquellos que prefieren una liturgia predominantemente vertical, jerárquica, hierática. ¿Cómo orientarse en un universo en el que conviven muy próximos el estilo parroquial, el carismático, el «juvenil», el tridentino, el orientalizante, el posconciliar progresista y quién sabe cuántos otros… o incluso la ausencia de estilo? A esto se añade que algunos entre quienes no tienen nada que ver con la Iglesia, den también su opinión. La liturgia siempre ha ejercido un extraño atractivo sobre sus observadores más discre-

tos, más circunstanciales, los «de fuera» o los que se encuentran en las fronteras de la Iglesia. No cabe duda de que es posible considerar la liturgia desde un punto de vista exclusivamente estético, donde también los profanos pueden decir una palabra al respecto. El canto gregoriano bien interpretado seduce de forma instantánea a personas cultas y sensibles, pero asimismo toca en ocasiones el corazón de gentes menos formadas. Incluso ha habido épocas en las que se ha considerado signo de refinamiento intelectual y artístico asistir a determinadas celebraciones cantadas en algunos monasterios… Mas ¿dónde se sitúa el límite entre el esnobismo y la auténtica emoción estética? ¿Y entre la emoción estética y el verdadero sentido espiritual? Sin duda, siempre ha sido este un problema de difícil solución.

En todo caso, a la hora de valorar una «liturgia bella» pueden tenerse en cuenta diversos criterios que dependen de las esferas emotiva e instintiva, de consideraciones «partidistas», de impulsos egocéntricos, sensuales; en definitiva, de criterios «consumistas». No en vano, algunos sólo quedan satisfechos cuando hay movimiento, cuando se habla mucho o se canta con frecuencia; en cambio, otros disfrutan cuando son numerosos los ropajes y las puntillas. Los gustos y colores, en el fondo, confluyen en la misma vaciedad, en la misma perversión, en el mismo equívoco. Sin contar con que sobre este asunto se puede debatir indefinidamente y levantar los unos contra los otros innumerables trincheras. En la era de los grandes centros

comerciales la gente va también al supermercado eclesial en busca de aquello que le interesa. ¡Sutil y pérfida tergiversación de los fines! La que en los primeros siglos del cristianismo era denominada *opus Dei*, la obra de Dios, tiende a convertirse en una forma de consumo entre otras tantas; se instrumentaliza, se aliña a gusto de cada uno, se vuelve individual e individualista aquello que en el fondo es acogida, gratuidad, acto de *latría*. Se busca el placer en las cosas de Dios, cometiendo así el pecado mortal del sentido estético; el esteticismo toma una vía tortuosa, se repliega sobre sí mismo y se convierte en egotismo. Nos encontramos en las antípodas de Cristo y del Evangelio. Nunca como ahora esta tentación había sido tan fuerte.

Para tratar sobre la belleza de la liturgia en sentido auténtico y fundamental, se deberá, por tanto, superar el ámbito de lo arbitrario y el caos del subjetivismo. La pretensión de estas páginas no es la de legislar en materia de arte sacro (cosa que, como veremos, no es la más importante), ni la de añadir otra serie de elementos, nacidos de mi reflexión personal, a la paleta de los gustos y los colores, sino de afrontar la cuestión de raíz, es decir, de hacer emerger los fundamentos *teológicos* de la belleza que irradia la liturgia, de individuar su espíritu e indicar cuáles son aquellas pocas reglas fundamentales que resisten la prueba del paso del tiempo, desafiando las distintas modas. Y todo ello a la luz de la Escritura, de la reflexión estética y de la experiencia pastoral de los Padres. Por otra parte, el arte sacro auténtico se ha revelado histórica-

mente –dicho sea de paso– como tributario de una teología subyacente que era su fuente de inspiración y de la cual se nutría, ya que la praxis litúrgica de la Iglesia constituye por regla general un elemento esencial de sus preocupaciones teológicas.

Con dar rienda suelta a la creatividad no es suficiente; nos deja aturdidos, desilusionados. Hace falta, por tanto, esforzarse en pensar una verdadera estética, o mejor, en redescubrirla volviendo a las fuentes que también para nosotros tienen autoridad. Dicha estética será la única capaz de orientar nuestro gusto incluso en los detalles más concretos y prácticos, además de someterlo a la verificación de normas intrínsecamente cristianas, de modo que ya no sea caprichoso, sino evangélico.

Se cometería un grave error metodológico si se elaborase un concepto *a priori* y completamente profano de lo *bello* para adaptarlo después artificialmente al ámbito de la liturgia. Esta última se encontraría entonces obligada a responder a criterios estéticos no acordes con su naturaleza. En realidad, es de la esencia misma de la liturgia de donde hay que partir para dilucidar la noción de belleza litúrgica y establecer sus cánones. Una estética de la liturgia sólo puede ser elaborada a partir de una teología de la liturgia; no en vano, para analizar la belleza litúrgica necesitamos intentar penetrar, antes de nada y en la medida de lo posible, en lo que *es* la liturgia.